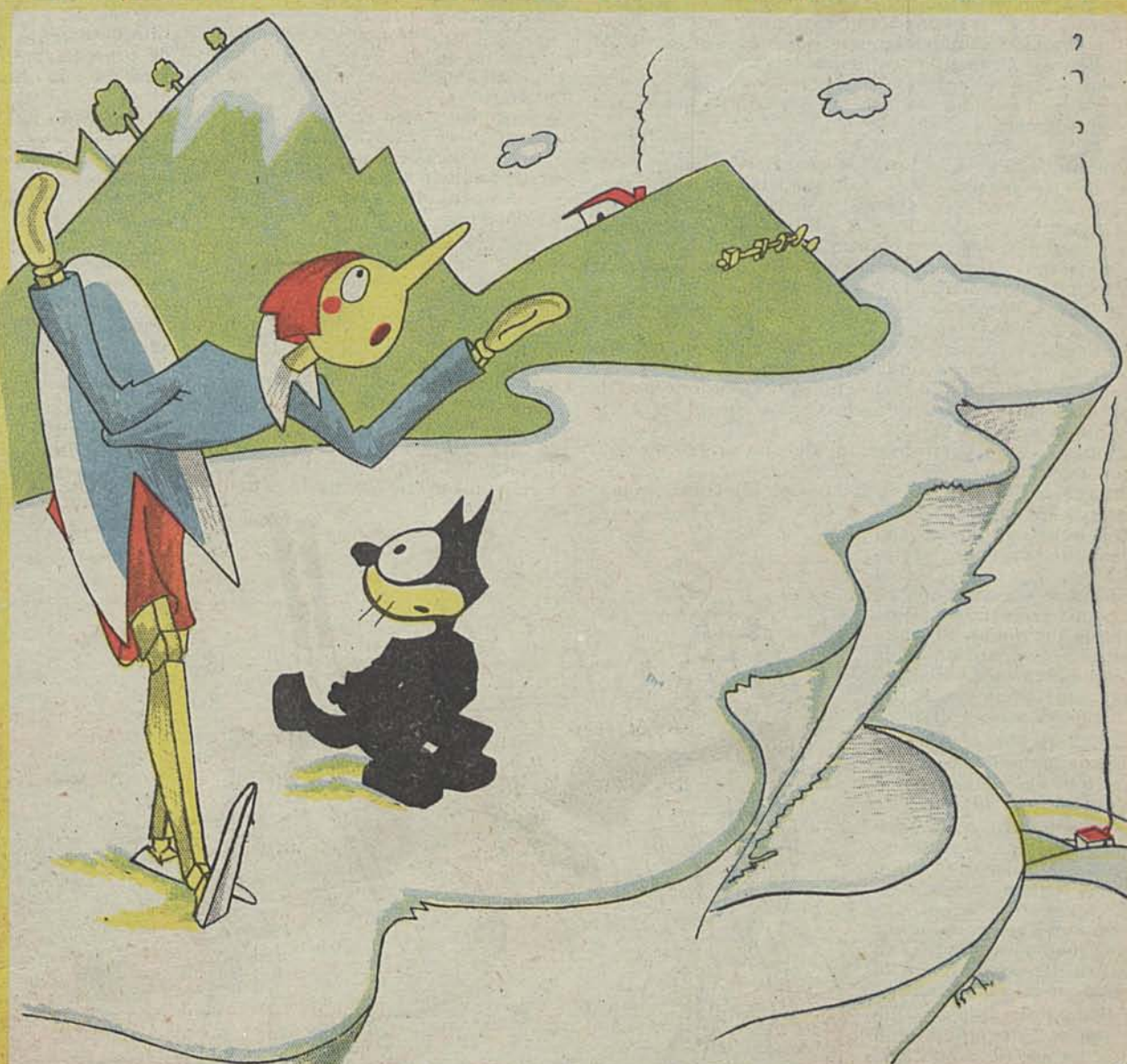


PiNOCHO

AÑO VII
NUM. 354

25 cts

29 NOVIEMBRE
1931

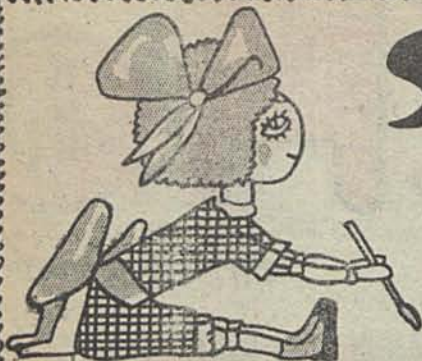


¿HAS VISTO QUE PAISAJE TAN ACCIDENTADO, MORRONGUIS?
- ¡SÍ; SERÁ POR LOS AUTOMÓVILES QUE PASAN!

Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

Los guantes encantados



Un buen día Tripolín heredó la fortuna de un tío suyo; esta fortuna consistía en un viejo baúl que a juzgar por la levedad de su peso solamente debía de contener aire. Sin embargo, contenía otra cosa; al abrirlo, Tripolín lanzó un grito de alegría: en el fondo del baúl había un par de guantes blancos. Al decir blancos, quizá exagero un poco; blancos... habían sido indudablemente; pero el uso los había puesto negros, el tiempo los había vuelto amarillos, la humedad los había verdeado y el polvo los había cubierto con densa capa gris; no obstante no dejaban de ser un par de guantes blancos.

Tripolín se alegró mucho por aquel hallazgo; además tuvo el presentimiento de que aquellos guantes debían de estar encantados y se los puso, seguro de que iría a ocurrirle algo maravilloso. Lo que le ocurrió al ponerse los guantes fué que se encontró tan elegante que comprendió que aquella era una ocasión única para realizar algún acto trascendental, por ejemplo: casarse. Y como no tenía novia resolvió ir en seguida a pedir la mano de alguna dama, y se puso en camino, abriendo mucho los diez dedos para lucir mejor sus magníficos guantes blancos.

La primera persona que encontró en la carretera, fué una buena mujer que iba montada en un burro:

—Señora—dijo Tripolín inclinándose y colocando una de sus enguantadas manos sobre su corazón—tengo el gusto de pedirle la mano de su hija.

La mujer se echó a reír de tal modo que estuvo a punto de caerse del burro.

—¡Llegas tarde, amigo!—exclamó—mi hija lleva ya más de treinta años casada, y tiene una hija que es ya madre a su vez de media docena de criaturas.

Tripolín se encontró con un buen hombre que iba cantando al lado de sus mulas. Se quitó el sombrero—una estupenda chistera, herencia de su bisabuelo y que hacía juego con los guantes del tío—y dijo:

—Caballero, le ruego que me conceda la mano de su hija.

El otro le dió en la espalda una palmadita cariñosa.

—¡Mal enterado estas, compañero!—exclamó—no tengo ninguna hija, sino tres hijos, honrados y trabajadores.

—Perdone—dijo Tripolín—Se tropezó a los pocos pasos con una mujeruca y le hizo su petición de costumbre y la mujer se quedó asombrada:

—¡Mucha prisa te das!—dijo—mi hija no ha cumplido aún los diez meses; pero en fin, si quieres esperar siquiera unos quince añitos...

Cansado y descorazonado, vió llegar a un noble señor, envuelto en capa de raso

bordada de oro. Se fué ante él y le pidió la mano de su hija. El rey—porque aquél señor era nada menos que el rey del país—lanzó un grito de alegría:

—¿Que quieres casarte con mi hija Melindrosina? ¡Tuya es hombre! ¡Te la doy con mil amores!

Se llevó al pretendiente a palacio y llamó a la princesa:

—Hija mía—la dijo—aquí tienes a un hombre que te conoce tan poco que me ha pedido tu mano.

Melindrosina miró a Tripolín, su sombrero, sus guantes y, haciendo melindres, según su costumbre, dijo con una sonrisa burlona:

—¿Supongo que este caballero estará al tanto de las condiciones que debe llenar todo el que aspire al honor de ser mi esposo?

—Vengan esas condiciones—dijo Tripolín fieramente.

—Antes de que pase un año habrás de presentarme los dientes de un ruiñón, las escamas de un león y la pluma de un pez.

Dicho esto, hizo una reverencia y se alejó riendo, mientras el pobre monarca suspiraba:

—¡Está loca de atar! Con tantos melindres se quedará para vestir imágenes.

—No se apure Vuestra Majestad—dijo Tripolín—yo traeré a la princesa lo que pide y me casaré con ella.

Dió media vuelta y salió de palacio. En seguida puso manos a la obra. Se proveyó de unos cuantos sacos de cañamones y se marchó a una selva próxima en busca del pájaro con dientes. En la selva esparció el grano y esperó; fueron aproximándose pajarillos a picotear el festín; Tripolín los miraba mientras comían, pero en ningún piquillo vió diente alguno. Pasó en la selva muchas semanas; los pájaros se familiarizaron con él y se hicieron los mejores amigos del mundo; el único inconveniente a su amistad era que no hablaban el mismo idioma; y como era difícil que los pájaros aprendiesen a hablar el de Tripolín, fué Tripolín quien acabó aprendiendo el de los pájaros.

Dejamos a Tripolín hasta el domingo que viene.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?

Un fósil gigante de la época terciaria



Esta torre que aparece en la fotografía, y que semeja un monumento de un país fabuloso o una columna de un palacio de las mil y una noches, no es otra cosa que la cáscara fosilizada de un molusco gigantesco, que vivió hace muchísimos años y cuya talla comparada con la de un caracol, equivale a la de un iguanodon o un diplococus comparadas con un lobo.

Ante un tan exagerado tamaño de animales, hay que suponer que la existencia en aquellos tiempos era cosa fácil, y la lucha por la vida no se conocía, o al menos

no ofrecía los duros trances de hoy día, pues para alcanzar un desarrollo tan enorme, no cabe duda que serían precisos algunos siglos de existencia.

Como la mayor parte de los fósiles, éste que veis retratado, y que procede de Inglaterra, no os muestra la verdadera cáscara del molusco, sino su contenido petrificado. Es una escultura a la que sirvió de molde aquella cáscara.

Tiene dos metros y diez centímetros de altura, de modo que la longitud del molusco alojado en este cascarón alcanzaría, siguiendo las espiras, seis o siete metros. Ni más ni menos que la talla de una gran serpiente.

¡Un molusco de siete metros de largo! Si ahora existiese, serviría de almuerzo a varias familias numerosas.

Las ratas de los barcos

La rata es uno de los bichos más odiosos por su poder destructor, y por los enormes perjuicios que causa por otros motivos. Las ratas son el medio de propaganda de muchas epidemias, especialmente de la peste. No es, pues, extraño, que se haya tendido siempre a su aniquilamiento, sobre todo a bordo de los buques.

El medio más usado para destruirlas, es el de las

trampas o también el de las pastas envenenadas. Pero desgraciadamente la rata es un animal muy desconfiado, y conocen muchas veces los alimentos que tienen veneno o las trampas que se presentan en su camino.

Pero, a pesar de esto, hay que desembarazarse de las ratas, sobre todo en los barcos, donde causan daños incalculables.

Se ha ideado un procedimiento radical y sencillo. Consiste en lo siguiente: Cuando el navío tiene sus bodegas vacías, se colocan en ellas unos recipientes conteniendo azufre. Se le prende fuego, se cierran las escotillas herméticamente y a las cuarenta y ocho horas no queda un roedor en la bodega.

Pasado este tiempo se abren las bodegas, se las deja ventilar y se limpian de animales asfixiados, cosa esta no del todo fácil, porque la rata se esconde en cualquier rincón, en cualquier agujero y no siempre se da con ella.

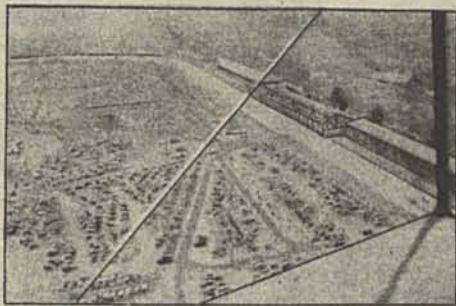
Y ya tenemos al barco limpio de ratas; pero en cuanto toca en el muelle de un puerto, las ratas de los depósitos, las de las alcantarillas y las de otros barcos, invaden de nuevo el limpio trepando por las amarras, por las cadenas, por las escalas, a pesar de todas las precauciones imaginables. Otras veces van escondidas en las mercancías que se suben a bordo. ¡Y vuelta a empezar!

Un traje de baño para no ahogarse

Es invento del francés M. E. Desmas, y consiste en un maillot que aparenta ser un traje corriente de baño, pero que está hecho de una composición esponjosa particular.

Gracias a esta composición cauchutada, el cuerpo del nadador que lleva este traje, tiene una densidad inferior a la del agua y le es imposible sumergirse.

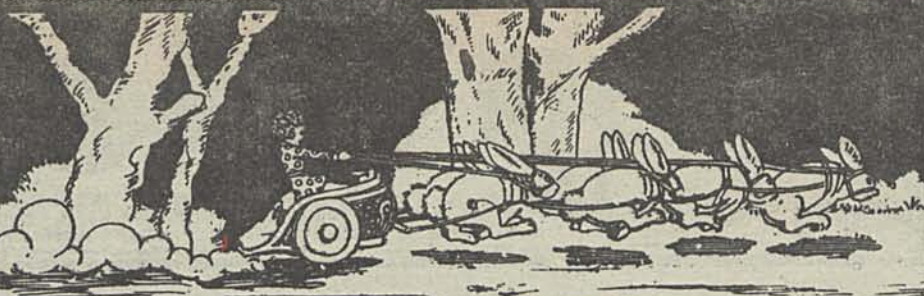
Con este traje, es muy fácil ejecutar sin miedo los movimientos necesarios para aprender a nadar, sin el peligro de que el cuerpo falto de las defensas de la natación, se vaya a fondo.



El famoso autódromo de Indianópolis donde todos los años se congregan más de 20.000 automóviles para presenciar las carreras de fama mundial.



ANITA BUEN- CORAZÓN



HAROLD GRAY

—¿Quién estar quieto?
—¡Tú, hombre blanco!
—¡Yo no quier! ¡Cazo bisontes en este momento!
—Si mi hermano el rostro pálido apre-
cia su cabellera, baje del caballo y entregueme su rifle.
—¡Yo no ser hermano de ningún piel roja! ¡Fuera!
—Yo ser inglés y milord!
—Asno Colorado es un gran guerrero.
—¡No importarme! ¡Largo de aquí, animal! ¡Me
estás espantando los bisontes!



UNA PARTIDA DE "BOXEO" CAPITULO VI EN LA PRADERA



— 72 —

—¡Matar a puñetazos a Sandy Hooc es algo difícil milord, pues en Chicago se enseña el boxeo!

El inglés se quedó mudo de estupor mirando al indio, que seguía riendo y se había puesto en guardia como un verdadero boxeador.

—¿Tú, piel roja, has aprendido boxeo en Chicago? —exclamó.

—Sí, milord.

—¿Qué clase de indio ser tú?

—¿Mi hermano blanco quiere verlo?

—Sí; yo estar curioso.

Asno Colorado mojó un dedo en saliva, y pasándolo por un brazo, hizo ver que lo llevaba pintado, pues quedó al descubierto una mancha blanca.

—¿Tenía o no razón, milord, al llamaros hermano blanco? Mirad: la tinta oscura se borra.

—¡Ah, pillol! ¡Tú no ser indio! ¡Tú ir pintado!

—Para los yanquis, soy Sandy Hooc, el célebre ladrón de los ferrocarriles del Pacífico; para los pieles rojas, soy Asno Colorado, un famoso guerrero que será sakem el mejor día.

—¿De modo que tú ser blanco?

—Yes, milord.

—¡Doblemente tuno!

Asno Colorado, o Sandy Hooc, se encogió indiferentemente de hombros, y en seguida dijo:

—Vaya, milord: no tengo tiempo que perder, y me urge conducirlos ante los indios que me han adoptado y que tendrán un gran placer en arrancarnos la cabellera, aunque me parece que de eso se encargará la graciosa Minnehaha. ¡Os garantizo que tiene una mano muy suave!

—¿Qué quieres decir, bribón?



Se ocupaban ya en elegir campamento a la margen de un delicioso arroyo, cuyas aguas corrían en minúscula cascada por entre las rocas, cuando Turner, que desde hacía algunos minutos no cesaba de escuchar atentamente, se reclinó de pronto tras el tronco de un gigantesco pino, diciendo:
—¡Los indios! ¡A defender la cabellera!

— 68 —



— ¡Así no! ¡Tú no comprender nada!

parecía estar de broma. — ¡Tú tienes dos lenguas!

— ¡Spleen! ¿Y qué es eso? — preguntó el indio, que
¡Yo quiero curar mi spleen!

— ¡Spleen! — gritó furioso el inglés. — ¡Repite que
no quieras ser tu hermano! ¡Fuerza! ¡Está dispuesto a
matar cuantos indios me impidan cazar bisontes!

los pasos.

blanco? El fuego nos rodea y los ojos cierran todos

— Pero ¿adónde intenta ir mi querido hermano
caballo negro.

rio, y para impedirle la fuga disponía de un soberbio

Parecía dispuesto a impedir el paso a su adversa-

tomahawk, tan temible en manos de los indios.

adornados con cabelleras humanas, y empuñaba el

rostro feroz y duro. Vestía calzones de tela basta,

gigante, de piel bronceada más bien que roja, y

Era aquel de elevada estatura, un verdadero

nutos cuando el indio estaba otra vez junto al inglés.

Sin embargo, no habían transcurrido muchos mi-

bisontes y del inoportuno *piel roja*.

atizó las bridas, y bien pronto se vio lejos de los

En seguida dió un espoleazo a su caballo, le

— ¡By good!

lanzó un furioso:

ran, se impacientó ante la insistencia del indio y

esperanza de que las emociones de la caza le cura-

contratado al *indian-agent*, Harris y Jorge con la

Lord Wylmore, el enfermo de *spleen* que había

palabra, ¡que mi hermano obedezca!

cambio, tiene su *tomahawk* más pesado que su

targa que el cañón de su rifle; *Asno Colorado*, en

— Mi hermano el rostro blanco tiene la lengua más

— 70 —

— ¡Oh! ¡Si tropezamos con los indios, nos prenden
en seguida, ahora que estamos sin caballos!

— Lo sé; pero el Horse está muy lejos.

— Y los caballos salvajes no se encuentran a cada
paso — dijo Jorge.

— ¡Terrible situación! — repuso el *indian-agent*,
cada vez más preocupado. — Podremos darnos por
muy satisfechos si libramos en este trance la cabe-
llera.

— ¡No hay que desesperar! — objetó Turner. — Los
sioux no nos han preso todavía y quién sabe si a
estas horas estarán ya lejos, convencidos de que
hemos perecido en el mar de fuego. Tratad de dor-
mir, que lo necesitáis, y esperemos la salida del sol.
Entretanto, la pradera se refrescará.

Acercó a una charca su silla y su manta para ser-
virse de la primera como almohada, y tendiéndose
en la hierba, apagó la pipa y cerró los ojos.

Sus compañeros le habían imitado, aunque segu-
ros de no poder dormir.

El miedo a una sorpresa por parte de los *pieles
rojas* había arraigado en su alma y los tenía obsti-
nadamente desvelados.

La noche transcurrió sin alarma. Los *sioux*, con-
vencidos quizás de que los cuatro aventureros
habían perecido en el incendio se habían alejado, tal
vez para salir al encuentro de las tropas que el
Gobierno americano enviaba contra ellos, o quién
sabe si esperando que el suelo se refrescara un poco
para averiguar la suerte que había cabido a los
aventureros.

— 66 —

— 71 —

— Si; yo entiendo de cortar la cabellera a los ros-
tros pálidos.

— ¡Bandidos!

— Baja del caballo, hombre blanco.

— ¡No! Tú intentas robarme cartera, y yo defender
cheques y mi cabellera.

Asno Colorado hizo un gesto de impaciencia.

Lanzó una rápida mirada a las nubes de humo
que se alzaban en el horizonte y dispuso el *tomahawk*, gritando:

— ¡Dame tu rifle!

— ¡Servirme a mí para cazar bisontes y curar el
spleen!

Una maldición lanzada en purísimo idioma inglés
salió de labios del indio.

Su *tomahawk*, lanzado con gran fuerza, dió en los
costados del caballo del inglés, produciéndole una
ancha herida.

A impulso del dolor, dió el animal un tremendo
salto y arrojó de la silla al jinete.

Contra lo que hacen los caballos árabes y los de
la pradera, que nunca abandonan a su amo, el del
inglés se dirigió velozmente a la columna de bison-
tes y siguió la misma marcha que esos rumiantes.

De no ser la hierba tan alta y espesa, lord Wyl-
more se hubiera roto el cráneo, o por lo menos un
par de costillas.

No fué así, por suerte suya, y ligero como un mono,
se levantó, lanzándose contra el caballo de *Asno
Colorado* con los puños dispuestos, pues en la caída
perdió la carabina.

— ¡Bribón! ¡Voy a matarte a puñetazos!

Asno Colorado lanzó una carcajada.

— 72 —

— 73 —

— 74 —

— 75 —

— 76 —



EL DETECTIVE MISTER GÓMEZ



Las caracterizaciones del detective Mister Gómez, ya sabéis que son asombrosas.

En estas páginas habéis tenido ocasión de contemplar algunas, y por lo tanto más que nuestras palabras, os habrá convencido la realidad.

Pero si aquellas caracterizaciones que ya contemplasteis eran modelo de sabiduría y arte, la que hoy os presentamos no les va en zaga.

Mirad un momento a Mister Gómez y después ponedle boca arriba....

Lo demás lo veréis en seguida.

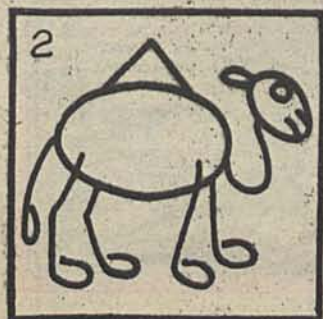
TODOS DIBUJANTES

En los desiertos arenales africanos, el camello asoma de vez en cuando su torpe silueta.

Más de una vez sin duda, amigos pinochistas, habréis intentado dibujar un camello, para entretener vuestros ocios o para usarlo como elemento decorativo en algún mueble o juguete por vosotros fabricado.

Y más de una vez habréis tropezado con el inconveniente de no saber dibujar el deseado animalito.

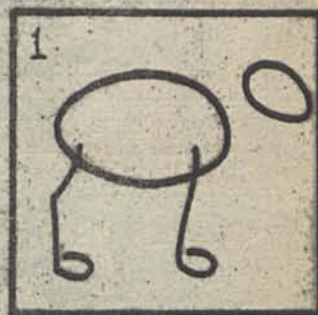
Pero yo estoy aquí para sacaros de apuros.



Y os presento dos modelos, para que en un dos por tres tracéis la figura del camello en cuestión.

Un lápiz, por lo tanto, se hace necesario. Y una goma. Y un papel, por supuesto. Lo demás, con paciencia, podréis conseguirlo.

Hasta otro día.



LA TORMENTA Y EL CICLÓN HAZAÑAS DE TIN Y TÓN



DE COMO PASAN EL RATO **CURRINCHE Y D. TURULATO**

LO QUE MÁS ME GUSTA DEL CAMPO
ES LA SOLITARIA SOLEDAD
A UN SERVIDOR LA TORTI
LLA DE ESPARRAGOS



A MI ME ATACA LOS NERVIOS ESTO DE
QUE LAS SOMBRAS NOS PERSIGAN POR
TODAS PARTES



¿QUÉ HARIAMOS, CURRINCHE?

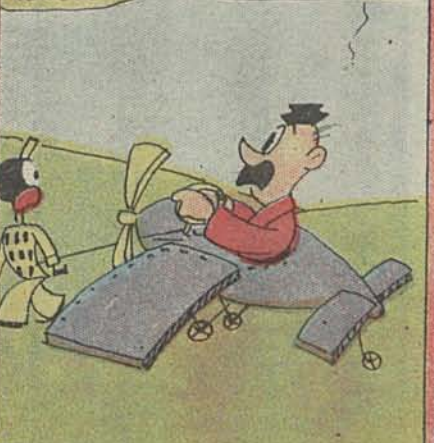
VAMOS POR LA ESCOPETA Y
LES PEGAMOS CUATRO TIROS



NO; A MIND ME GUSTA MATAR A
NADIE. VAMOS CORRIENDO A COM-
PRAR UN AEROPLANO Y VERÁS CO-
MO ACABO CON LAS SOMBRAS



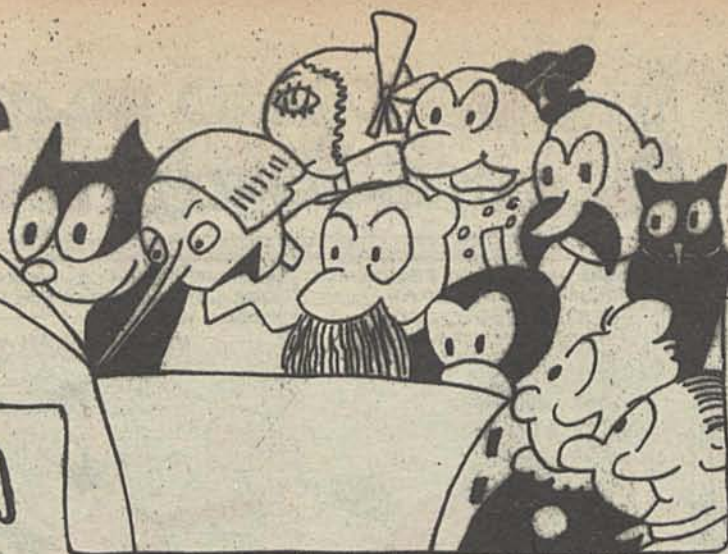
QUITATE DE DELANTE, CURRINCHE,
QUE VOY A PONER EN MARCHA EL
MOTOR



¡ARRIBA, CABALLO MORTO!



CUENTO DE CALLEJA EN LINEA RECTA



Un niño llamado Fernandito oyó decir que para llegar al cielo hay que seguir el camino derecho, y, en efecto, despidiéndose de sus padres, que eran unos humildes leñadores, cogió un pan y se puso en camino, marchando siempre en línea recta.

Se le hizo de noche cerca del bosque, y allí reclinó su cansado cuerpecito sobre un montón de hojas secas, soñando como sueñan los niños: con esa celestial pureza que les hace ver los hermosos rostros y las blancas alas de los ángeles celestiales.

Uno de éstos le dijo:

—Fernandito, persevera en tu propósito, camina siempre en línea recta, y por fin vendrás con nosotros a gozar de las innumerables dichas del Paraíso. Cuando te veas en algún peligro, acuérdate de mí, y yo te ayudaré.

A la mañana siguiente despertó el muchacho muy temprano, y después de rezar una sencilla plegaria, volvió a ponerse en camino, siempre en línea recta.

Al llegar al pueblo inmediato entró un momento en la iglesia, y después de rezar con fervor por sus padres, volvió a ponerse en marcha; pero al salir vio a una infeliz mendiga, sentada a la puerta del templo.

Un movimiento de compasión le hizo dar su pan a la pobre, y se quedó sin ningún alimento para el camino. Con todo, no se desanimó y siguió hacia adelante.

A las pocas horas de camino, un hambre violenta comenzó a torturar su estómago.

Justamente pasaba por un jardín lleno de árboles, cuyas olorosas frutas convidaban a satisfacer el apetito; pero como no eran suyas, Fernandito no se atrevía a tocarlas.

En aquel momento apareció un labriego que, mirando al pequeño con sonrisa maliciosa, le dijo:

—¿Por qué no comes, si tienes apetito? Esto es para todo el que lo quiera.

Fernandito no cayó en la tentación; acordóse del ángel, y en el momento un arma invisible golpeó la frente del labriego. Transformóse éste, sus ojos centellearon y unas negras alas salieron de sus hombros; parecía dispuesto a lanzarse sobre el niño; pero un rayo de misteriosa luz cayó sobre su frente, produciendo el ruido de dos aceros que se chocan, y entonces, encorvado y sin aliento, desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra.

El niño quedó asustado; mas de pronto sintió satisfecha el hambre y apagada la sed, y siguió adelante su camino.

Al pasar junto a un estanque vio en él un barquito precioso, y se detuvo unos instantes a contemplarle.

El barquito comenzó a moverse, y una porción de marineros del tamaño de los soldaditos de plomo, comenzaron a ejecutar una bonita maniobra.

Las velas, hinchadas por el aire, le impulsaban, y un pequeño capitán, del tamaño de un garbanzo, mandaba con un silbato a la tripulación.

El niño miraba embelesado aquel piquete maravilloso, cuando sintió que le tocaban en el hombro, y al volverse vio a un joven elegante, en cuya cara creyó distinguir algún parecido con la del labriego.

—Si te gusta el barquito, yo te lo daré; pero a condición de que en vez de seguir adelante, vayas por este camino de la izquierda, que está llano y cuesta abajo. Además, te regalaré un automóvil, para que vayas más aprisa. Todo él está lleno





de hermosas flores de exquisito aroma, hay hermosos juguetes, aún más bonitos que éste, que podrás coger según tu gusto, y, en una palabra, en vez de pisar abrojos y destrozarte los pies inútilmente, irás cómodo y divertido.

—Bueno—dijo el niño—; pero ¿adónde se va por ese camino tan bonito?

El joven sonrió, y repuso:

—Adonde van todos los niños simpáticos como tú; conquede decidete al momento.

El niño se acordó del ángel, y apenas hubo pensado en él el estanque se convirtió en una inmundicia charca, el barco en una rana y el joven que le hablaba, en un sapo asqueroso.

—Vaya, vaya—dijo el muchacho—ya me va cansando el demonio con sus tonterías; lo que es en cuanto lo vuelva a ver, le voy a romper un cuerno con esta piedra, que no es un grano de anís.

Y diciendo esto, cogió una bastante grande y se la echó en el bolsillo.

Siempre en línea recta, llegó a un río que le atajaba el paso; vio en él una barca, y en ella un barquero que le ofreció trasladarle a la otra orilla.

—Le advierto a usted—dijo el niño—que no llevo un céntimo, y, por consiguiente, si quiere usted pasarme, ha de ser de caridad.

—No hables de eso, y pasa—exclamó el barquero frunciendo el ceño.

Entró el niño en la barca; pero el barquero, en lugar de pasarle a la otra orilla, dejó ir el barco a favor de la corriente. Fernandito le rogó que cumpliera su promesa; pero el hombre se reía y su cara iba transformándose en la que ya el muchacho había visto dos veces. Viéndose perdido sacó la piedra, y diciendo: «¡Amparadme, Dios mío!»

dio tan fuerte golpe en la cabeza del barquero, que un cuerno saltó echando chispas, produciendo al caer en el agua el chirrido de un ascua.

La barca se hundió, desapareció el barquero y el río quedó convertido en una rambla seca, de arena movediza.

—Si ese tío no es carmienta con haber perdido un cuerno—exclamó enojado el niño—le voy a saltar el otro, y tal vez las narices. Yo voy por mi camino y no me meto con nadie.

Por fin, después de mucho caminar, llegó Fernandito a las puertas de una ciudad, cuyos muros de reluciente plata eclipsaban con sus reflejos a los mismos rayos del sol.

No había foso ni

puente levadizo; las puertas, abiertas de par en par, parecían convidar al que pasare a penetrar en el recinto. Ningún soldado coronaba sus almenas, viéndose en los baluartes las inspiradas caras de los profetas y sobre las murallas las resplandecientes figuras de los santos que, arrobados en éxtasis delicioso, cantaban en sublime coro: «¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!» Un coro de ángeles que en espirales infinitas se perdía en el espacio, hacia llegar sus melodiosos cánticos al trono del Altísimo.

Y allá, en lo más alto, resplandores de vivísima luz brillaban, formando como una estrella magnífica de reflejos ofuscadores, y de aquella celeste hoguera nacían rayos hermosos que alumbraban todo el haz de la tierra con una claridad indescriptible.

Fernando quedó extasiado; miró con ansia; pero nada vio, porque aquellos resplandores cegaban la pupila humana.

Al ver todo aquello, dijo Fernandito:

—O yo soy un zoquete, o éste es el cielo. Pues ya que estoy aquí, vamos adentro.

En vano quiso penetrar; una fuerza invisible le impedía franquear la abierta entrada; tanto, que el niño, lleno de aflicción, rompió a llorar.

Acordóse del ángel que hasta entonces le protegiera, y en aquel mismo instante se le apareció, preguntándole:

—¿Por qué sufres, pobre niño? ¿No sabes que para entrar aquí hay que dejar a la puerta la envoltura material?

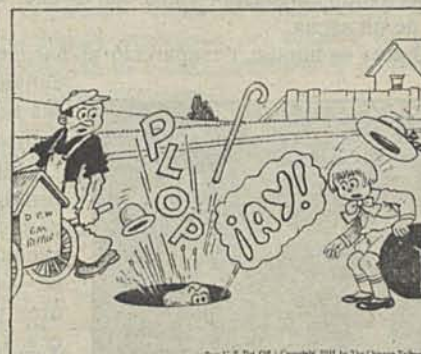
—Yo no sé qué es eso, pero lo dejaré.

El ángel extendió sus manos sobre la frente del niño, y éste sintió un dulce sueño; cerró los ojos, y su alma, libre de las prisiones de la carne, salió en brazos del ángel hasta la altura, ocupando un lugar preeminente en aquel coro angélico de blancas alas y cabelleras de oro, que canta de continuo las glorias del Señor. Ese camino recto, es la virtud; la tentación, el vicio; y el ángel protector, es el que todos llevamos a nuestro lado, al que hacemos gozar si somos buenos, y el que llora cuando nos apartamos del bien.

¡No hagáis llorar, hijos míos, al Ángel de vuestra guarda!

FIN







COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Escena—Victoria López



Currinche
Estanislao Rolandi



Don Turulato
Angel Casero



Mi elefante
Pilar Prósper



Don Epiceto
Elvirita Vigón



Mi caballo
Andrés Ruiz de la Rosa



Buque de guerra—Juan Ruiz



Bufón
Antonio Alarcón



Mi perro lobo—S. Ruiz



Una dama
Julio Pérez



Glotón—Boni Torre



Pollito
A. R. de la R.



Un soldado
S. Gorriti



Perrito travieso
Virginia Murillo



Un babieca
Matilde Arias



En Semana Santa
A. San Miguel



Doña Conceja
Carmen Alii



Un amigo conocido
S. Bagó



Un amigo—Rosarip



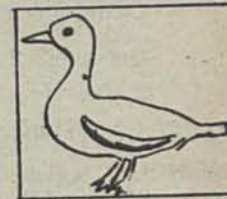
Dama antigua
T. Presa



Amblizornis jardinera
Matilde Rubio



Casita—Elisa Pinillo



Un pato—Dora Díaz



Mi tía Josefa
Antonio Palma



Pichi y Pirracas
Eusebio Amezcua



Mi prima
Dorita Carmen Sáenz



Mi novio Toribio
Sarita Climent



Mi muñeca Pierrot
Teresita Trojeis



Un señor
andando
Agustín Boltrán



Pemeta
E. Villaseca



La chisteneia
Carmen Arias



Chino
Javier Zulueta



Pitágoras
Un desconocido



La casita de la montaña
Pepita Francés



Dos hombres
Teresita Trujols



Una niña
María Sesma



Las carreras
Carlos Rolandi



Un guerrero
Pedro Ortega



Pintor
Antonio Alarcón



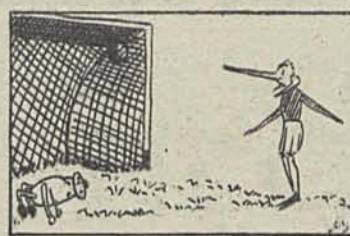
Barba azul
Amparo S. Miguel



Pipa—S. A. L.



Abubella
Amparo Pérez



Pinocho contra Chapete
Francisco Montalbán



Un granadero
E. Rolandi



Un pato—S. de la Serna



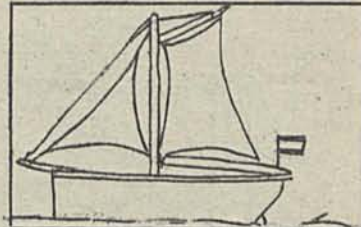
Pelculero
A. San Miguel



Bodegón
Teresita Trujols



Alma torera
Magdalena Esteve



Barco de vela—Ramón Anchada

Concurso de problemas y pasatiempos :: :: del mes de Julio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Agamenón Torralba.

Segundo premio.—Higinio Gómez.

Tercer premio.—Luisita Verdesco.

Cuarto premio.—Celestino Pujol.

Quinto premio.—Luis Ballester.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Antero Pozaldez, Luz Romo, Pepe Goyeneche, Luis de Olmo, Arturo Santamaría, Antonio Robledo, Antonio Pérez-Gil, Pepito González, Leandro Arcental, Inés López y Amadeo Ayestarán.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accesit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

Premios a la colaboración pinochista :: :: del mes de Julio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Matildita Vázquez.

Segundo premio.—Belarmino García.

Tercer premio.—Julito Fuentes.

Cuarto premio.—Lolita García.

Quinto premio.—Teresita Antolínez.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Santiago Colmenero, Estanislao Rolandi, Manuel Murillo, Alejandrina Morán, Ricardo Cortés, Guillermo Virallé, Carmen Ballester, Nuria Pons, Juanito Iriarte, Carmencita Salvador, Jaime Roig, Josefina Hernández, Alberto Rubio, Luisito Sanz de Andino, Abilla Velasco y A. Miret.

GRAN CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES

PINOCHO abre un CONCURSO DE CUENTOS INFANTILES entre todos los pinochistas que se cerrará el día 31 de Diciembre de 1931, con arreglo a las siguientes

B A S E S

- 1.^a Los cuentos habrán de ser rigurosamente originales e inéditos y tendrán una extensión equivalente a uno de los CUENTOS DE CALLEJA que se publican en esta revista. Habrán de tener carácter exclusivamente infantil y ajustarse en su fondo y forma a las normas de moralidad y buen gusto. Podrán enviarse con o sin ilustraciones.
- 2.^a Cada cuento que se envíe al Concurso deberá acompañarse de 20 cupones de los especiales que se publicarán para este Concurso.
- 3.^a El fallo del Concurso se dará a conocer en el mes de Febrero de 1932.
- 4.^a El jurado lo formarán Magda Donato, Salvador Bartolozzi, Rafael de Penagos, José Zamora, Enrique Castillo y Federico Galindo.
- 5.^a Se adjudicarán 20 premios consistentes en lotes de preciosos libros de cuentos de la "Editorial Saturnino Calleja S. A." por un valor total de más de

1.000 PESETAS

Habrán dos primeros premios, dos segundos, dos terceros, dos cuartos y dos quintos.

Además se concederán otros 20 accsits con otros tantos lotes de premios

El detalle de todos los lotes se dará a conocer en el n.º 348 de PINOCHO

- 6.^a Todos los cuentos premiados (incluidos los accesits) se publicarán en PINOCHO con ilustraciones, bien de sus propios autores, bien de la redacción de la revista.
En la cabecera de cada cuento se publicará el retrato de su autor a cuyo efecto los que resulten premiados deberán enviar su fotografía.
- 7.^a La publicación de estos trabajos se hará sin que la redacción de PINOCHO haya de satisfacer por ello ningún pago.
- 8.^a Los trabajos que se envíen para este Concurso deberán cursarse en sobre cerrado, debidamente franqueado y dirigidos en esta forma:

Para el Concurso de Cuentos Infantiles de **PINOCHO**

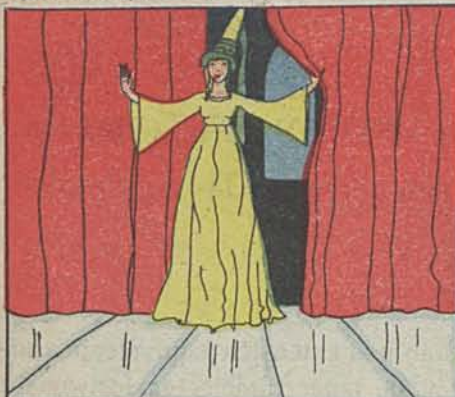
Calle de Valeneia, núm. 28. -- M A D R I D



LA BELLA DURMIENTE



(CONTINUACION)



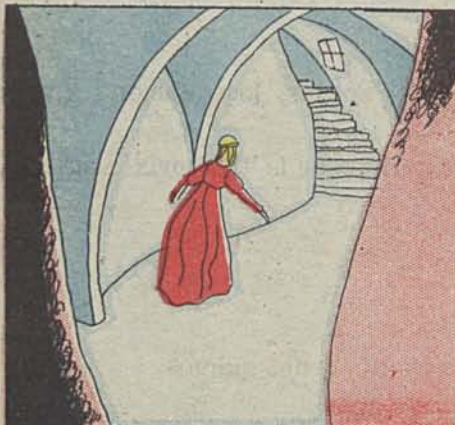
9.—En aquel momento salió el hada joven de detrás de los tapices y pronunció en voz alta estas palabras: Tranquilizaos, señor; tranquilizaos, señora; vuestra hija no morirá; verdad es que no tengo suficiente poder para deshacer por completo lo que mi hermana ha hecho.



10.—La Princesa se atravesará la mano con un huso; pero en lugar de morir tan sólo quedará sumida en un profundo sueño, que durará cien años, al cabo de los cuales vendrá el hijo de un Rey a despertarla.



11.—El Rey, con el fin de evitar la desgracia anunciada por la anciana, mandó publicar inmediatamente un edicto por el cual prohibía a todas las mujeres hilar con huso y tener husos en su casa, bajo pena de muerte.



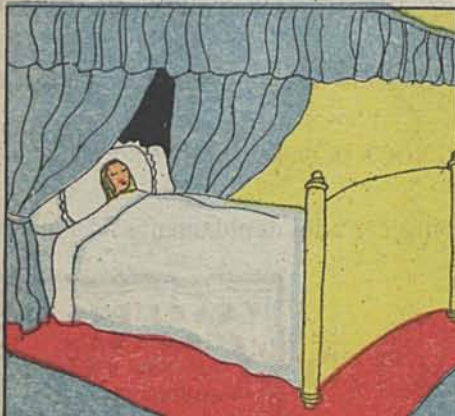
12.—Transcurridos quince o diez y seis años, el Rey y la Reina se fueron a una de sus casas de campo y sucedió que la Princesita, recorriendo un día el castillo y yendo de cuarto en cuarto... subió hasta el último piso de un torreón...



13.—Entró en una buhardilla donde estaba una vieja completamente sola, hilando con su rueca. —¿Qué hacéis, buena mujer?—preguntó la Princesa.—Estoy hilando—le contestó la vieja. ¡Ah! ¿Qué cosa tan bonita!—exclamó la Princesa.—Dadme a ver si yo lo sé hacer.



14.—No bien cogió el huso cuando se atravesó la mano y cayó desmayada. La vieja apuradísima, pide socorro: acuden todos; rocían con agua el rostro de la Princesa, le dan golpecitos en las manos y le friccionan las sienes, pero con nada recobró el conocimiento.



15.—Entonces el Rey, que subió al oír todo aquel ruido, recordó la predicción de las hadas y lleno de aflicción dispuso que llevaran a la Princesa a una suntuosa estancia del palacio y que la acostasen en un lecho de brocado de oro y plata.



16.—Parecía un ángel por lo hermosa porque su desmayo no había apagado los vivos colores de su tez: sus mejillas estaban sonrosadas y sus labios como el coral; tenía los ojos cerrados pero se veía que no estaba muerta.



17.—El Rey mandó que la dejaran dormir en paz hasta que llegase para ella la hora de despertar.

(Continuara)